



Sergio Gaytán, cuando han pasado 5 años...

Bunker. Poeta

Hoy recordé a Sergio Gaytán. Fue algo casi absurdo: entré a mi estudio, vi mis libreros cercanos al escritorio y su voz amarga, profunda y bien matizada vino aquí, al espacio vacío, para decir que siempre hay que estar lo más cerca posible de los libros, que entre más pequeño el espacio donde trabajas, mejor.

Esa cercanía entre escritor y libreros es necesaria para intrusear, sacar, mover, estirar las manos y dar con el libro exacto. Eso me lo dijo cuando lo conocí en su casa de la calle José Santos Ossa. Fue Mónica, su ex mujer, quien me invitó allá, cuando apenas era un poeta joven, recién llegado de haber concluido mis estudios en la ciudad sabalera de Santa Fe, Argentina.

La primera imagen, entonces, que guardé de Sergio fue sentado en su estudio, con los estantes de libros casi cayendo encima de su cuerpo moreno y delgado. Apenas entré, saludándolo a mi paso, vi un libro de Benedetti que no tenía. Lo tomé por curiosidad y me lo obsequió. Esa sería una constante, en cada visita a su casa siempre me regaló libros.

En la parte inferior de uno de mis anaqueles conservo lo que compiló, antologó, los estudios y prólogos que dejó impreso en una treintena de li-

Sabella, Bahamonde, Serge? que en mi afán de escritor novel venía a criticar como próceres de Antofagasta. La consigna de que hay que matar a los dioses, Gaytán me la corrigió.

Era un hombre sabio, polémico y consecuente con sus ideas. Nos escribíamos mails sobre teorías literarias y escritores. Me aconsejaba sobre el camino a seguir y estuve ahí cuando un infarto dio el gran susto. Luego me fui, muy lejos, pero cada vez que regresaba a Antofagasta, lo visitaba. Tuve la suerte incluso de presentar en su compañía y con Osvaldo Maya el libro del Pope Julio. Qué honor estar junto a esos dos cracks, nuestros Borges y Bioy nortinos. Todo fue gracias a Don Gabriel Amengual y conservo ese recuerdo con mucho cariño, el estar en el estrado junto a ellos y la cena que vino después en casa de Sergio, sin saber que esa sería la última vez que compartiríamos de esa manera.

“Hoy falleció Gaytán, hay que recordarlo con vino tinto y poesía”, me escribió Carlos Massardo, quien un año después, en plena pandemia, lo secundaría. Hoy están ambos bebiendo vino y hablando de literatura en un lugar al que todos llegaremos a golpearle la puerta al Negro, para que nos reciba igual como siempre lo hizo en